

LOS QUE LLEGAN POR LA NOCHE

AMANDA es una mujer mayor, corajuda y seca aun cuando pretende ser amable o se ríe, vecina del residencial Hemisferio, en el que existen dos grandes edificios con un espacio común con jardines, pistas deportivas y piscina. En el centro de este espacio se encuentra una amplia garita acristalada en cuyo interior vigila el CONSERJE, impecablemente vestido con chaqueta y corbata de paisano pero con una gorra de plato de vigilante a la antigua usanza, acomodado en una silla muy cómoda.

Se escucha el sonido de la pala golpeando el suelo a cada paso de Amanda. El conserje sale de la garita.

CONSERJE.—Qué tramará ahora...

(Entra Amanda)

AMANDA (Desde lejos. Acercándose.) —Pero, ¡qué, qué... diablos hace ahí fuera?

CONSERJE.— Me había llamado la atención el sonido de la pala.

AMANDA.—Le había llamado la atención el sonido... *(Con más ímpetu.)* ¿Cuántas veces les tengo que decir que no abandonen la garita? ¿Para qué les hemos comprado la nueva televisión? Como vengan los vecinos y vean que la tienen apagada...

CONSERJE.—A veces nos viene bien un poco de aire fresco.

AMANDA *(Tras una pausa en la que indaga con la mirada.)* —¿Es que no están contentos? ¿No les gustan los bombones que les baja todas las tardes la señora Vibri?

CONSERJE.—No, no; por supuesto que nos gustan los bombones. Cómo no nos van a gustar los bombones. Nos encantan los bombones.

AMANDA.—Les advierto que valen un dineral...

CONSERJE.—Claro, un dineral.

AMANDA.—¿El champán? Quizá las cenas, el vino, las comidas, los desayunos, los almuerzos, las meriendas... ¿la ropa? No puede ser: renovamos su vestuario cada dos semanas, ¿la cama?, ¿no encuentran confortable la cama?

CONSERJE.—Sí... bueno, no.

AMANDA.—¿No?

CONSERJE.—Quiero decir que no la usamos a menudo.

AMANDA.—¿No usan las camas? ¿No las están usando? (*Da una palmada como si cayera en la cuenta.* El CONSERJE *niega con la cabeza algo asustado.*) Por eso mismo se encontraban intactas por las mañanas. Lo habíamos comentado varias veces: deberíamos decirles que no hicieran las camas, los pobres. Íbamos a decírselo y ahora usted me suelta que... que no les agradan.

CONSERJE.—No he dicho que no nos agraden, sino que no las usamos.

AMANDA.—¿Y por qué no las usan si les resultan agradables?

CONSERJE.—Verá, es que...

AMANDA.—Las sábanas están limpias, todos los días las llevamos a la lavandería; ahora, si han observado algún signo de suciedad, si no les parecen conformes, si quieren que cambiemos de establecimiento...

CONSERJE (*Plantándose un poco. Aún con mucho reparo como si no deseara contradecirla*) —No. No. Las sábanas están perfectas, pero nos da un poco de reparo tantas... tantas atenciones. Como nos pagan por vigilar los edificios...

AMANDA (*Tras una pausa. Sonriente y amigable. Deja la pala apoyada en la caseta y le coge del antebrazo.*) —Les pagamos por... ¡Ah! ¡Cuánta sutileza! Cómo se me había podido pasar. ¡Cómo se me había podido pasar por alto! Tiene usted toda la razón del mundo. Sí señor. Toda la razón. Les pagamos por vigilar el residencial Hemisferio.

CONSERJE.—Exacto.

AMANDA.—Lo comentaré en la próxima reunión de vecinos.

CONSERJE.—Qué.

AMANDA.—En la próxima junta. Y no crea que la celebraremos dentro de un mes. De eso nada (*Mirando el reloj.*) Mire, porque ahora es demasiado tarde y la señora ROMÓN se acuesta muy pronto, después de tantos años sin ver a la familia... ya no le quedan fuerzas ni para... ni para vivir, pero le doy mi palabra de que mañana por la mañana hago la convocatoria, con los vecinos y por la tarde... todo solucionado.

CONSERJE.—Pero ¿el qué? ¿Qué va a tratar en la reunión?

AMANDA.—Lo del aumento de ustedes, claro.

CONSERJE.—¿Nuestro aumento?

AMANDA (*Cómplice.*) —De sueldo... (*Con musiquilla.*) De sueldo. Llegan las navidades, son fiestas caras, el turrón, los mazapanes, las botellas, las gambas... les hará falta algún dinerito.

CONSERJE (*Plantándose ahora ya sin reparos. Con retintín cada vez que dice «aumentos».*) —No. No queremos más *aumentos* de sueldo. Nos consideramos muy bien pagados. No sé si podríamos soportar un nuevo *aumento*. En lo que va de año llevamos ¡trece! *aumentos*. No es preciso que convoque nada.

AMANDA (*Inspirando hondo y mirándolo.*) —¿Sabe lo que dice la gente de usted y con razón?

CONSERJE.—¿Qué?

AMANDA—Que por no ofender, no abre la boca. ¡Pues claro que les haremos el aumento! ¡Y no un aumento cualquiera! Ya lo estuvimos comentando ayer: estos chicos..., con la de horas que se echan allí..., y lo solos que deben de encontrarse... mortificados por sus propios pensamientos... ¡Es un trabajo tan duro! ¿Ha recogido las cartas?

CONSERJE (*Sacando una saca verde.*) —Sí. Las mismas amarillentas cartas de siempre. Para la señora Glenda, para la familia ROMÓN, para...

AMANDA.—¿Qué dicen?

CONSERJE.—No las he leído.

AMANDA.—Pero por Dios... ¿Aún no? ¿Ninguna?

CONSERJE.—No. Es que me da un poco de...

AMANDA—. Escuche, tiene que leerlas. Esas, esas cartas, esos relatos o como quiera llamarlos son el alma del Hemisferio. ¿Cómo si no va a enterarse de lo que sucede aquí? Cualquier conserje que se precie las leería. Se lo he dicho muchas veces. Esas, esas pequeñas historias son las que dan sentido a... (*Señalando con vaguedad al edificio.*) todo. Nosotros moriremos, pero el Hemisferio permanecerá gracias a ellas. Siempre. (*Lo mira condescendiente.*) Además, los sacarán del tedio de tantas horas muertas sufriendo... iba a decir el calor, pero de calor ya nada, ¿verdad? Fue una buena idea instalar el aparatito del aire, ¿funciona bien?

CONSERJE.—Muy bien, funcionar, funciona de maravilla pero de verdad, nosotros...

AMANDA.—Y tenemos una sorpresa, no se crea.

CONSERJE (*Asustado.*) —Otra... ¿otra sorpresa? (*Para sí.*) No me joda.

AMANDA (*Mirando a izquierda y derecha, y después girándose con disimulo hacia el edificio.*) —Supongo que puedo confiar en usted. (*Espera el asentimiento del CONSERJE.*) Que será usted una tumba. No se puede imaginar cómo se pondrían el resto de vecinos de la comunidad si supieran que se lo he anticipado, con la ilusión que les hace comunicarlo a ellos.

CONSERJE (*Temeroso y angustiado.*) —No. No diré nada, no se apure.

(*AMANDA Se acerca con sigilo a la garita, se acoda en el alfeizar, y de costado, como si se estuviera confesando.*)

AMANDA (*Susurrando.*) —Vamos a ampliar la garita.

CONSERJE.—¿Otra vez!

AMANDA.—*Chsttttt*, no grite. (*Señalando hacia el edificio.*) Pueden oírnos. Haremos una sala de juegos, con billar, ping pong, y ¡algunas mesas para dominó y cartas! Todo siguiendo el mismo estilo arquitectónico, los amplios ventanales de suelo a techo...